

BIBLIOTECA DE MEDIANOCHE

¡Atrévete
a pasar
miedo!

Nick Shadow

Sangre en la arena y otros relatos



BIBLIOTECA
DE MEDIANOCHE

Nick Shadow

Sangre
en la arena
y otros relatos

ANAYA

Título original: *The Midnight Library. Blood and Sand*
Relatos escritos por: ETHAN SPICER

1.ª edición: septiembre 2009

© Working Partners Limited, 2005
Publicado por primera vez en Gran Bretaña
por Hodder Children's Books
© De la traducción: Miguel Azaola, 2009
© De la fotografía de cubierta: Getty Images
© Grupo Anaya, S.A., Madrid, 2009
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta:
Miguel Ángel Pacheco y Javier Serrano

ISBN: 978-84-667-8464-1
Depósito legal: NA. 1946/2009
Imprime y encuaderna RODESA.
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro
son las establecidas por la Real Academia Española
en su última edición de la *Ortografía*, del año 1999.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Índice

SANGRE EN LA ARENA	9
EL MEJOR AMIGO DEL HOMBRE	43
UNA EXTRAÑA EN CASA	133

El mejor amigo del hombre

Aquel era el primer entierro al que Ben había asistido. Había algunos chicos más, y todos parecían sentirse tan incómodos como él, esforzándose por mantener cierta compostura embutidos en sus atuendos negros comprados de prisa y corriendo. Pero lo que más abundaba eran tías y tíos. Y tampoco faltaron sus padres, claro.

Las lágrimas le cosquilleaban en los ojos, pero Ben estaba decidido a no llorar. Tenía doce años y era demasiado mayor para eso, aunque algunos mayores que le rodeaban sí estaban llorando. Eso era lo peor de todo, ver a tanta gente conocida pasando tan mal rato.

Cerró los ojos cuando bajaron el ataúd de su abuelo a la fosa recién abierta. Aquella mañana había estado demasiado nervioso como para desayunar y sus tripas empezaron a hacer ruido, pero, por suerte, el cura se puso a leer fragmentos de la Biblia en una voz tan alta como para ahogar cualquier otro sonido.

Cuando terminó, la madre de Ben se adelantó y dejó caer sobre el ataúd un solo clavel amarillo. Ben se adelantó a su vez y miró el interior de la fosa. Pensó que algún día él mismo estaría dentro de una de aquellas largas cajas de madera. Y ese pensamiento hizo que un escalofrío le recorriera el espinazo.

Ben le tenía más miedo a la reunión en casa de una de sus tías, después del entierro, que al entierro mismo. Sabía que todos andarían de acá para allá hablando forzosamente de su abuelo. Y no quería escucharles.

Pero estaba equivocado. No fue nada deprimente. En vez de un duelo, parecía como si la familia celebrara que estaban aún todos vivos y reunidos. Muchos de los parientes más viejos intercambiaban sus

recuerdos respectivos de la infancia de Eddie Stevens, su abuelo. Ben sintió que su espíritu se animaba... hasta que una frase le hizo quedarse clavado en el sitio.

—Como es lógico, dejé de ir por allí cuando traje aquel espanto —dijo una de sus tías, al tiempo que mordisqueaba su emparedado de salmón.

¿De qué hablaba? Aguzó el oído, mientras trataba de disimular que estaba escuchando.

—Todo el mundo dejó de ir —dijo otra tía—. Lo que yo no entiendo, para empezar, es por qué compró aquella horrible criatura. La forma en que sus ojos le seguían a una por toda la habitación me resultaba odiosa.

La primera tía asintió.

—La verdad es que a mí me daba horror. Te miraba como si quisiera meterse dentro de tu cabeza. No sé cómo podía vivir con semejante espantajo.

Ben estuvo a punto de preguntarles de qué hablaban, pero en ese momento vio a su madre. Estaba sentada en un viejo sillón de cuero, sollozando sobre el pañuelo. Su padre, sentado en el brazo del sillón, la rodeaba cariñosamente por los hombros. Ben no podía ni imaginarse perder a su propio padre. Y, al fin y al cabo, el abuelo había sido el padre de su

madre... Ese pensamiento ahuyentó de su cabeza al espantajo de la mirada aterradora.

Habían pasado dos semanas desde el entierro y el abuelo seguía aún muy presente en la mente de Ben. De hecho, su madre y su padre apenas hablaban de otra cosa. Le dijeron que el abuelo había dejado su casa llena de cachivaches y que su casero quería que se lo llevaran todo antes de fin de mes. Y los padres de Ben estaban tan ocupados intentando poner orden en todo ello que a menudo parecía que se olvidaban de que Ben estaba allí.

Él había decidido dejar que se enfrascaran los dos en su tarea y quitarse de en medio hasta que terminaran de organizarlo todo. Pero aquella mañana su madre entró en su habitación y dejó un objeto en su mesilla de noche diciendo confusamente que era algo que su abuelo hubiera querido que tuviera. Ben abrió la vieja bolsita de cuero desgastado y miró dentro. Algo antiguo y metálico le lanzó un reflejo. Lo sacó tirando de una vieja cadena, ya sin lustre, y vio que era un reloj de bolsillo de aspecto vetusto. El cristal estaba rajado y su tictac era tan sonoro como el de una bomba. Ben comprobó que la tapa estaba oxida-

da, tanto que sus manos se llenaron de un polvillo anaranjado. Lo cierto es que no lo quería, pero si su abuelo había insistido...

Ben sintió que le envolvía una oleada de culpabilidad. No había visto al abuelo Eddie muy a menudo en los últimos años. Cada vez que su madre y su padre habían ido a visitarle, Ben estaba ocupado en alguna otra cosa.

A veces, hasta había puesto falsas excusas.

Desde que murió la abuela, unos años atrás, el abuelo no se había ocupado mucho de sí mismo ni de su casa. En la vivienda había empezado a notarse un cierto tufo. Olía a ropa sin lavar y a comida que debería haberse tirado a la basura. Cuando uno se iba, se llevaba consigo aquel olor. Por eso Ben había ido tan pocas veces. Y ahora ya era demasiado tarde para volver a visitar a su abuelo...

—¿Ben? —la voz de su madre le sobresaltó; le llamaba desde el piso de abajo —Ha llegado el resto de las cosas de tu abuelo. ¿Quieres bajar a verlas?

Ben se encontraba tan absorto en sus pensamientos que ni siquiera había oído aparcar al vehículo fuera. Se puso rápidamente los vaqueros y una camiseta que colgaban del respaldo de su silla, bajó precipitadamente las escaleras, salió por la puerta principal y

comprobó que Rex ya se le había adelantado y había corrido hasta la calle, donde ladraba nerviosamente al camión de considerable tamaño que estaba aparcado frente a la entrada.

Rex era el imponente pastor alemán de Ben, de lomo gris-pardo, vientre color café con leche, largas patas y rabo peludo. Lo habían rescatado de la perrera local después de haber sido un perro vagabundo. Ben había ido a la perrera con su padre y su madre, que le habían permitido escoger el perro que quisiera. Y, en vez de uno de los preciosos cachorros pequeños, Ben escogió a Rex.

Si no se le conocía bien, Rex resultaba bastante aterrador, sobre todo cuando se empleaba a fondo en su especialidad: «ladrado a tope». Con Rex cerca, eran innecesarias las alarmas antirrobo.

El camión era enorme. Llenaba todo el camino de acceso a la casa y parecía lo bastante grande como para transportar el contenido de un bloque entero de oficinas, y no solo el montón de bártulos del abuelo.

Ben vio su propio reflejo en un retrovisor lateral mientras el conductor abría las puertas traseras. Su

madre le había hecho cortarse el pelo para el entierro y él hubiera querido que le creciese más deprisa. Se pasó la mano por la cabeza, intentando ponérselo más de punta.

—Vamos, ven —dijo su padre.

Ben fue hacia la parte de atrás del camión, echó una mirada dentro y pudo contemplar todos los bienes y posesiones terrenales del difunto Edward Stevens, o, por decirlo de otro modo, un enorme montón de viejos trastos inútiles.

Ben examinó más a fondo el interior. El camión estaba lleno de papeles de periódico amarillentos, viejas tostadoras oxidadas y demás basura parecida. Comparado con la mayor parte de aquellas cosas, el reloj de bolsillo parecía un objeto de superlujo.

—¿Qué se supone que tenemos que hacer con todo esto? —preguntó.

Su padre se puso las manos en las caderas.

—Creo que debemos ver qué se puede guardar, qué merece la pena llevar a una tienda benéfica de segunda mano y qué es lo que vale solo para la basura.

Se apartó unos pasos y contempló la enorme pila de cachivaches.

—Casi todo es morralla, Ben. Pero el casero quería que nos lo lleváramos nada más terminar el entierro.

De lo contrario, me temo que hubiéramos tenido que tirar casi todo a la basura en casa del abuelo.

—Algunas cosas valen —dijo Ben.

Había localizado varias reliquias estupendas: algunos objetos curiosos de adorno, una batea llena de viejos sellos de correos, una máquina de escribir de aspecto prehistórico y una radio (o más bien un receptor de radio, como lo llamaba siempre el abuelo) que parecía de una ancianidad insuperable. Ben había visto programas de televisión en que la gente vendía antigüedades por una fortuna. Quizá mereciera la pena conservar algunos de aquellos chismes.

Rex compartía el entusiasmo de Ben y saltó dentro del camión, excitadísimo.

Ben sonrió. Sabía que aquello era para Rex el paraíso del olfateo.

Su padre cogió una caja que había encima de un tablero de dibujo y se la pasó a Ben.

—Mira ahí dentro —dijo.

Estaba llena de antiguas fotografías. Unas reveladas, otras en negativos y otras reducidas al tamaño de un sello de correos y agrupadas en copiones. Nadie había concebido siquiera las cámaras digitales cuando se hicieron. Algunas de las fotos estaban abarquilladas y cuarteadas. Otras aparecían mohosas o deterioradas

por los insectos. Pero muchas estaban bien. Ben las revisó por encima. En una se veía a su abuelo y a su abuela juntos cuando eran muy jóvenes, en la playa, con unos anticuados bañadores.

El padre de Ben asomó por encima de su hombro y se rio al verlas.

—Esas hay que guardarlas —dijo.

—Pero huelen muy raro, papá —dijo Ben—. Podría escanearlas todas en un CD y así podríamos conservarlas para siempre. A mamá le gustaría.

—Una feliz idea, Ben, pero creo que lo que huele no son las fotos —dijo su padre, señalando el fondo del camión con un gesto de la cabeza.

Su padre tenía razón. El mal olor parecía salir de debajo de una amplia funda de tela.

Ben saltó por encima de Rex y alargó el brazo para levantar la funda. Un sonoro «creeeeeeek» le hizo retirar bruscamente la mano. Dio un chillido, asustado y a punto de caer de espaldas al tropezar en sus propios pies.

—¿Qué es eso? —dijo con el corazón dándole saltos en el pecho.

Dio un paso atrás para dejar que su padre quitara la funda.

Debajo había una preciosísima jaula dorada para pájaros. Sus refulgentes barrotes se ondulaban en

volutas espirales entre las que encajaban una serie de ventanitas de cristales de colores. El gancho superior tenía la forma de un dragón y el diseño del techo era un conjunto de complicadas filigranas.

Pero lo que escondía en su interior no era tan bonito.

Como si llevara la cola en llamas, Rex salió disparado del camión, derribando a Ben, que se quedó sentado en una vieja silla polvorienta.

Miró en el interior de la jaula.

—¿Un loro? —dijo, hablando consigo mismo.

Eso es lo que era, aunque, si no hubiera dado aquel graznido, Ben hubiera creído que estaba muerto, desecado y apolillado.

Los loros que Ben había visto en los programas de naturaleza eran unos seres preciosos, de ojos vivos y chispeantes, plumaje brillante y limpio y destellos de colores más vivos que los de unos fuegos artificiales. Este loro no. Era feo, huesudo y de un tamaño francamente excesivo. Casi llenaba la jaula entera, pero no porque estuviera erizando su plumaje ni nada parecido (tampoco tenía muchas plumas). La mayor parte de su cuerpo parecía estar cubierto de cicatri-

ces, y el escaso plumaje que le quedaba tenía un aspecto astroso y grisáceo. Los dos respiraderos del pico parecían taladrados por un carpintero al que hubieran vendado los ojos. Y sus afiladas garras, aferradas a la percha, parecían capaces de penetrar profundamente en la carne de cualquiera y llevarse un buen pedazo sin ningún esfuerzo.

—Te presento a Igor —dijo el padre de Ben.

—¿Igor? —dijo Ben—. ¿Qué clase de nombre es ese?

—Pero bueno, ¿cómo esperabas que se llamase? —rió su padre—. ¿Pocholito?

El padre de Ben tenía razón. *Igor* era un nombre espeluznante muy apropiado para un pájaro tan ultraespeluznante como aquel.

—¿Sabías que este bichito fue el mejor amigo de tu abuelo durante los últimos meses de su vida? —dijo su padre—. Por lo visto, lo compró en no sé qué mercado porque le habían contado todo tipo de historias sobre él. Por ejemplo, que tenía por lo menos cien años y aún podría vivir muchos más...

Lo que le parecía a Ben era que el bicho había muerto por lo menos cien años antes, pero no se había enterado todavía. No le gustaba nada. Y lo que menos le gustaba era la forma en que le miraba, torciendo la

cabeza hacia un lado de forma que un ojo negro se fijaba insistentemente en su cara.

—El abuelo le dijo a tu madre que Igor es muy parlanchín —dijo su padre, golpeando los barrotes con un dedo—. ¡Perico bonito, perico bonito!

—Cuidado, papá, que te arranca un dedo —le advirtió Ben.

Pero su padre seguía empeñado en conseguir que el pájaro hablara.

—¡Perico bonito, perico bonito!

Por suerte, no le dio un picotazo. Pero tampoco habló. Se limitó a emitir una especie de ronco cloqueo seguido de un sonido rasposo como el de un papel de lija.

—Bueno, pero si nos lo quedamos y llega a tomarnos cariño —dijo el padre de Ben—, seguro que acaba por romper a hablar.

Pero no solo el loro se había quedado sin habla. Ben apenas daba crédito a sus oídos. ¿Quedárselo? No podía hablar en serio.

—No te preocupes —sonrió su padre—. Solo era una broma. No lo haría ni soñando. Aunque me va a costar un poco convencer a tu madre. Sabe bien cuánto significaba Igor para tu abuelo.